

Waldo Ansaldi

A la memoria de  
la Hermandad de la Tortuga  
y de Alfred Stephenson

# DE TRENES

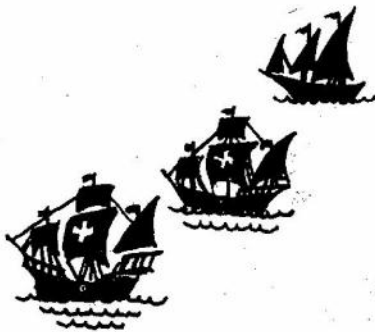
**P**ermítaseme comenzar con una confesión personal: me fascinan los trenes y los piratas, entusiasmo que comparto con un queridísimo amigo chileno, cuyo nombre no quiere revelar porque, al momento de escribir estas líneas, no lo tengo "al tiro" para preguntarle si puedo hacer público un sentimiento íntimo, y no me siento para nada autorizado a revelar sentires ajenos, por más compartidos que sean y por más amistad que haya. De todos modos, lo que quiero decir es que siempre es bueno sentir que hay cosas que uno comparte aquí, allá y acullá con otros y que así se establecen redes, solidaridades y hasta complicidades.

Trenes y piratas... Los piratas se extinguieron: los "mató el progreso", diría un porteño, con acento tanguero. También se puede decir que los hizo desaparecer el capitalismo, el mismo que tanto ayudaron a construir. Los trenes están en vías de extinción; aquí no estoy seguro de que los haya inmolado el progreso. Tal vez porque de ingenuo o expresa una de mis tantas posiciones románticas, pero ¿cómo pretender que la magia de un tren y de sus infinitas posibilidades puedan ser equiparables al aburrimiento de un ómnibus e, incluso, a las previsible rutinas de los aviones?

**A**ntes de entrar (o de continuar) en el desvarío, debo decir que si he elegido referirme a trenes y a piratas no es porque sienta cariño

por la nostalgia. Se trata, más bien, de una elección por la transición: los piratas fueron importantes en la transición del feudalismo al capitalismo (en la acumulación originaria); los trenes lo fueron en la transición del capitalismo de libre competencia al monopolio. Pero hay otros significados, que el lector sabrá encontrar a lo largo del artículo, si es que las claves son bien interpretadas, o están bien formuladas.

También debo aclarar al lector que utilizo la expresión piratas en su forma más genérica y vulgar, esto es, involucrando en ella a lo que en rigor es un conjunto de casos claramente diferenciados. Así, existían piratas, filibusteros, corsarios, forbanes, bucaneros, pero tan sutil diferenciación no es necesaria a los efectos de este artículo, para los cuales los **piratas** eran esos sujetos aventureros, románticos, pertenecientes (a nivel de jefatura) a familias nobles de Europa occidental en transición al capitalismo, celosos de su misión de asegurar la acumulación originaria del capital inglés, holandés, francés, con un férreo código de honor y unas ganas locas de cambiar un mundo en el cual no tenían el lugar que creían merecer. En la base de la estructura social de la piratería encontramos un conglomerado humano heterogéneo, desde la ralea de las sociedades europeo-occidentales en transición hasta aquellos que se embarcaban huyendo de las duras leyes que compelián al trabajo forzado



## Y DE PIRATAS



(capítulo esencial de la acumulación originaria capitalista, ése del disciplinamiento de la fuerza de trabajo para el nuevo mercado libre). Curiosa sociedad esta de la Hermandad de la Tortuga...

**A**unque los piratas se esparcieron por el mundo, su centro de operaciones era el mar Caribe, lo que habla de una fina sensibilidad por el paisaje y por la nobleza del buen beber, contribuyendo de un modo vanguardista al futuro turístico de la subregión y a la promoción de unos rones cada vez más excelentes de tanto competir entre sí. El Caribe... pareciera que cierto sortilegio o encanto predispone a esta bellísima geografía del continente hacia la aventura: por ejemplo, ¿cómo no recordar el loquísimo sueño de construir un ferrocarril entre Caracas y el puerto de La Guayra, en la primera mitad de la década de 1820?, ¿cómo no asociarlo con la más radical de las experiencias revolucionarias que llevaron a la ruptura de la situación colonial y con la ola de temor que el peligroso ejemplo de los esclavos haitianos extendió por el resto del continente? A propósito de Haití, bueno es recordar otros ejemplos, mucho menos edificantes que el de la revolución, pero no menos exentos de misterio, a pesar de (o por) su fuerte tono macabro: el **vudú** y los **ton-ton macoutes**. En el Caribe, asimismo, se cerró la historia del colonialismo español en América, con la indepen-

dencia de Cuba y de Puerto Rico, que a la vez fue el comienzo de otra historia de ocupación colonial o neo-colonial para usar un eufemismo no exento de cierta precisión conceptual que da cuenta de una realidad cualitativamente diferente. En el Caribe, finalmente, se asistió, en los sesenta de este siglo, a la aparición y el desarrollo de una experiencia novedosa, traumática, radical, imprevista: la de la revolución socialista cubana, el proceso que marcó más fuertemente que ningún otro hecho a dicha década en el continente. También la revolución cubana apareció como una historia de jóvenes de buenas familias, románticos, aventureros y ansiosos de transformar el mundo — ejemplo que pronto trataron de imitar en otros lugares de nuestra geografía— y a los que acompañaron aquellos que ya nada tenían que perder.

La revolución cubana puso en el centro del debate político e ideológico la cuestión de la transformación de las sociedades de la región y de las vías para efectivizarla. La revolución volvió a ser pensada como aquella figura tan cara al siglo pasado: como la locomotora de la historia.

**L**os jóvenes que quisieron cambiar el rumbo y las características de las sociedades de la región terminaron imponiendo la lógica de la guerra sobre la lógica de la política... y ya se sabe cómo terminó esta historia. Es que ya no había posibilidad de derrumbar las fortalezas

sólo a cañonazos. Lección no aprendida de la historia: los piratas, elemento externo a las estructuras coloniales, contribuyeron notablemente a socavar el edificio imperial, pero el acto decisivo provino de las propias fuerzas internas de dichas sociedades y, para bien o para mal, la solución se alcanzó por la vía de la guerra, pero de una guerra que estaba subordinada a unas direcciones políticas a menudo ferozmente enfrentadas entre sí. Cuando estas guerras concluyeron, los trenes expandieron el capitalismo (dependiente, por cierto) a lo largo y ancho del continente: claro, no era la revolución la locomotora de esta historia, era el progreso...

**L**a década del sesenta prácticamente vio concluido el sueño y la aventura de la revolución. Otra vez, el tren era arrastrado por otra locomotora... ¿Se extinguieron los aventureros, los románticos, los hombres nuevos, los ferroviarios de la revolución? Así parecería sugerirlo cierta lectura superficial de los datos empíricos. Pero no habría que olvidar que, en la historia como en la naturaleza, nada se pierde, todo se transforma. Si es cierto que ya no existen ni los piratas ni los trenes con su fascinación, magia y encanto, no es menos cierto que es bellísima la imagen de un poderoso jet levantando vuelo hacia la conquista del espacio.

\* Argentino de la Ciudad de Buenos Aires